

El Laurel Literario.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

Domingo 8 de Mayo de 1842.

DEL

TEATRO ESPAÑOL.

Se ha dicho que el teatro de Lope, de Calderon, de Rojas y Moreto no representó la sociedad española del siglo XVII, sino un mundo ideal que aquellos genios crearon, y que á fuerza de talento hicieron agradable á sus lectores. Debe observarse que esta censura está consignada en un periódico del romanticismo moderno; escuela que censura tambien en Moratin haber descrito con harta fidelidad las costumbres de la época en que vivió. Parece pues que es imposible agradar á sus prosélitos; pues ni les gusta la verdad ni la escageracion. Y sin embargo, nada es mas ideal, nada mas escagerado que los monstruos de iniquidad que presentan en sus dramas; en los cuales el hombre ni se describe como es ni como ha sido, ni como debiera ser: sino como quisieran que fuese los sectarios del fisiologismo.

Pero en nuestra opinion la censura que hacen de nuestro antiguo teatro se funda sobre una falsa suposicion. Cualquiera que lea y estudie la historia española desde Isabel la Católica hasta el fin de la dinastía austríaca, y examine el espíritu de la nación en este período, conocerá que los sentimientos tiernos de Lope y los

caballerosos de Calderon constituian el carácter general de la sociedad culta.

Nuestro mismo idioma está manifestando cuales eran las costumbres de aquel tiempo: pues en él eran desconocidas de los escritores dramáticos y novelistas voces equivalentes á los epítetos *galante*, *coquette*, *prude*, que los franceses aplicaban entonces con suma prodigalidad á las mugeres; señal cierta de que las costumbres representadas por aquellos vocablos no ecsistian. Nuestra lengua daba el nombre de *livianas* á las galantes y coquetas, tan perfectamente definidas por nuestro Hurtado de Mendoza, cuando dijo de una de ellas que era *amiga de ganar voluntades y de conservarlas*. Las que los franceses llaman *prudes*, se han llamado siempre en castellano *hipócritas*, *mogigatas*, *hazañeras*. Donde no ecsisten palabras para denotar ciertas gradaciones de ideas, es porque no se ha conocido la necesidad de espresarlas: esto es, porque no las hay en la sociedad. Por desgracia es ya española la palabra *coqueta*: el idioma ha ganado una voz, y la moral ha perdido una virtud, que es la sinceridad y la constancia en el amor.

No es esto decir que nuestros antepasados fueron todos modelos de ternura y de honor. Pero cada siglo tiene su espíritu particular. No faltaron en el siglo XVII mugeres prostituidas, interesadas y engañadas, mas procuraban tener esos vicios

muy ocultos, y así no se hallaba inficionada de ellos la parte culta de la sociedad. Nadie podrá negar que la moda era tratar el amor como un negocio el mas serio de todos y de gran consecuencia: velar el amante la conducta de la que había de ser su esposa y poseer el depósito de su honor: buscar ocasiones de verse y hablarse que no proporcionaba facilmente la severidad de los padres: tener celos por la mas leve ocasion; vengarlos ó reñirlos hasta lograr el competente desengaño; en fin, no faltar en un ápice à las leyes del pundonor ó renunciar à la estimacion de los hombres de bien. No es nuestro ánimo comparar este orden de cosas con el actual, ni dar la preferencia à ninguno de los dos. Nos basta probar que realmente existía, y por consiguiente que nuestros poetas cómicos del siglo XVII pintaron al hombre tal como se le conocia entonces.

Lope describió las mugeres tiernas y constantes: y ¿ como podrian dejar de ser así las de su siglo, cuando en el nuestro, à pesar de la gran revolucion que ha habido en las costumbres, son todavia proverbio en las naciones estrangeras la pasion, la sinceridad y la constancia de las españolas? Calderon las pintó altivas: porque vivia en la region de la clace mas elevada de la sociedad. Pintó à los hombres valientes, urbanos y celosos. Y ¿ no lo eran nuestros caballeros de aquel período ?

Cualquiera que lea con atencion nuestro teatro antiguo, observará con facilidad que así Lope y Calderon como Alarcon, Moreto y Rojas describieron la masa entera de la sociedad, poniendo los sentimientos nobles y generosos en boca de sus damas y caballeros, y las pasiones bajas y soeces, la cobardía, la falta de atencion al bello sexo, la gula, la embriagués, la codicia, la rapiña, la mentira y la livianidad, en los caracteres de los criados y criadas, designados en la escena con el título de graciosos. Esta distincion estaba tambien en la sociedad de aquel siglo.

¿ Quien se atreverá à negar las venganzas terribles que el honor sugeria al marido engañado, cuando hemos visto prolongarse hasta nuestros dias estos funestos ejemplares en todas las clases de la socie-

dad española? ¿ Y podrá ponerse en duda la lealtad de nuestros antepasados à sus Reyes, acatados como imágenes de Dios en la tierra? Si esto es así, *García del Castañar* no pertenece à un mundo ideal creado por Rojas. Sufre la injuria de Don Mendo, porque cree que es el Rey: apenas sabe que no lo es, le atraviesa el corazon. Lo mismo hubiera hecho en iguales circunstancias cualquier caballero de la corte de Felipe IV.

Calderon describió en cinco dramas diferentes los furores de un marido celoso y sus horribles venganzas. ¿ Hubiera presentado tantas veces en la escena una misma accion, sino hubiera estado seguro de la aprobacion pública? ¿ Y habria obtenido esta aprobacion, à no ser conformes aquellas venganzas y aquellos furores con el espíritu y las ideas generales del siglo? ¿ Se hubiera ademas sufrido la monotania de sus caracteres en las comedias que llamaban de capa y espada, y aun en algunas de las heróicas, si estos caracteres no perteneciesen à la sociedad? Porque lo repetirémos mil veces: à nadie le gusta el hombre que se representa en el teatro, si sus ideas y sentimientos no son conformes à los que estamos acostumbrados à ver en la sociedad. Por esta razon no pueden representarse en el dia las comedias de Calderon, señaladamente las urbanas: porque no es posible entenderlas. Han variado, no solo los usos y maneras, sino hasta los pensamientos y las gradaciones de la pasion. Otros podrán decidir si esta revolucion moral ha sido ventajosa ó funesta.

No negarémos que entre las comedias del citado siglo hay algunas que pertenecen à un género particular, diverso del de las demas, y que pueden llamarse *ideales*, porque su objeto no se dirige tanto à describir un hecho histórico ó las costumbres del tiempo, como à convertir una máxima moral ó política en una accion humana. En esta clase de dramas todo es fingido, nombres, sucesos, incidentes. A ella pertenece, y quizá es la primera en su línea, *la vida es sueño* de Calderon, donde todos los personajes son verdaderas alegorias. Segismundo representa al géne-

ro humano, al hombre en general, entregado à la impetuosidad de sus pasiones, hasta que le corrige el escarmiento, y conoce cuán fugaces son los bienes de la vida: Basilio, el orgullo de la ciencia, que quiere prever y someter los sucesos futuros: Clotaldo, la prudencia práctica, que enseña à moderar las pasiones y sacar documentos útiles hasta de nuestros mismos desaciertos.

A la misma clase pertenece la comedia del mismo autor, *en esta vida todo es verdad y todo es mentira*, en la cual luchan el orgullo del poder que quiere averiguar lo escondido, y la firmeza de la virtud, que segura de sí misma, desprecia los peligros, Voltaire hace burla de este drama que sugirió à Corneille una de sus mas bellas tragedias. Lo cierto es que será muy difícil hallar en todo el teatro francés una escena comparable con la de Focas y Astolfo al fin de la primera jornada.

Pero este género no crea un mundo ideal: no hace mas que poner en escena las máximas, y para eso no es menester salir del mundo ecsistente; à no ser que se diga que la moral no pertenece à él.

Concluirémos diciendo que aunque Calderon hubiese esagerado los sentimientos generales de su siglo; aunque sus caballeros sean mejores amantes, mas idólatras del honor y mas esforzados de lo que se usaba en tiempo de Felipe IV, no por eso sería digno de censura. Al poeta le basta tener fundamento para sus composiciones en la naturaleza: si la embellece y perfecciona, no hace mas que usar de su derecho.

A. L.

Es la REINA!

A los principios de la revolucion de Francia, cuando el desgraciado Luis XVI, despues de su fatal tentativa para huir del furor de los revoltosos se hallaba preso de hecho aunque no en la forma, puesto que la nacion llevaba todavia el nombre de monarquía, entraba por las puertas de Jougne, pueblo de dos mil vecinos in-

mediato à Besanzon, una elegante silla de posta tirada de cuatro caballos. Iban dentro dos mugeres, una de las cuales, alta, hermosa y de noble aspecto; ocupaba el testero, y la otra que aparentaba ser una camarera aunque tambien de traza muy elegante el vidrio. Dirigióse à la posada de mejor renombre que habia en el pueblo, y encargando la señora al postillon que diese un pienso à los caballos con la mayor prontitud, para continuar inmediatamente el viaje, entró en ella y mandó disponer comida con la misma premura.

Apénas las dos viajeras se habian sentado à la mesa, cuando entró en el comedor de la posada un funcionario público con su gran cucarda tricolor, y mirando con la mayor atencion à la hermosa desconocida, que habia dicho llamarse M.^a de Pryné, principió à comparar sus facciones con las que marcaban un registro que tenia en la mano. Despues de este ecsámen que parecia interesarle en sumo grado, el funcionario que era nada menos que el alcalde [maire] de Jougne intimó à las viajeras que presentasen el pasaporte.

M.^a de Pryné pareció turbarse algun tanto y respondió:

—¿No podiais, caballero, aborrrarnos una inútil formalidad? Todos nuestros papeles están encerrados en las maletas.

—Lo siento mucho, dijo la autoridad municipal; pero mi deber ecsije que averigüe vuestra precedencia muy sospechosa en los tiempos en que vivimos. Con que así, mandad que se deshaga el equipage.

Y sin hacer caso de las instancias y reclamaciones de las dos viajeras hizo desatar el equipage de la trasera del coche y subirlo al comedor de la posada. Abrióse al momento la maleta mas voluminosa y no quedó poco sorprendido el buen alcalde al tropezar lo primero con un abultado saco lleno de monedas de oro.

—¿Qué es esto? preguntó estupefacto.

—Ya lo veis, contestó M.^a Pryné sonriéndose, un saco de dinero. ¿Es acaso género de contrabando la moneda francesa?

—Conforme... siendo tan gran cantidad..

—¿Que! Treinta mil francos lo mas.

—¿Treinta mil francos! Eso huele à una legua.

— De veras! Pues debéis tener el olfato muy fino, señor alcalde.

— Es inútil que trateis de afectar esa indiferencia, porque no soy yo persona á quien nadie engaña.

— Cualquiera que lo intentase se tomaría un trabajo inútil, porque vos mismo os sabeis engañar maravillosamente.

— Dejémonos de chanzas, señora; que debo hacer respetar el carácter y las insignias que llevo.

— Podeis estar persuadido de que yo las respeto sinceramente.

— Así lo creo; pero con vuestro permiso continuaré registrando el equipage.

— Como gustéis, ciudadano inquisidor.

Iba á replicar el alcalde cuando levantando unos vestidos vió brillar ricos bordados y sacó de la maleta dos trages llenos de oro y un manto de terciopelo forrado de armiño y con broches de brillantes.

— Aquí tenemos, dijo el alcalde, nuevas pruebas de mis sospechas.

— Tendréis al menos la bondad de decirme qué es lo que sospechais.

— En primer lugar sospecho que el nombre de M.^a Pryné es supuesto.

— Y en efecto teneis razon.

— Pues entonces basta, que no hay necesidad de que digais mas.

— ¿ Pero qué mal hay en viajar con nombre supuesto cuando esto se hace sin intencion perjudicial?

— Eso es lo que falta saber.

— Concluyamos de una vez, señor alcalde. Voy á enseñaros mi pasaporte.

— Podeis aborrraros esa molestia en atencion á que vuestro pasaporte nada significa para mí, ni yo quiero verlo. Muy fácil os habrá sido proporcionaros todos los documentos falsos... Pero mirad que aquí he hallado con que confundir vuestro disimulo y con que penetrar el misterio de que quereis rodearos.

Y al decir esto el alcalde que no habia cesado un instante de registrar las maletas levantó sus brazos con triunfador aspecto. Tenia en una mano una corona y en la otra un cetro, todo de oro.

— Ya todo se aclaró, exclamó el hombre, ya sé quien sois.

— Vaya, pues decidmele

— Sois María-Antoñeta de Austria.

— ¡ La reina!

— La reina, queriais emigrar á Suiza, pero yo os estaba esperando.

— ¿ De veras? ¿ Con que sabiais que la reina debía huir y pasar por aquí?

— Lo sabia. En Paris se sospechaba con fundamento, y se me habian comunicado reiterados avisos. Ya veis que mi vijilancia ha logrado su objeto. ¿ Pensabais escaparos con facilidad! Pero no sabiais que estaba yo aquí resuelto á cumplir ecsactamente con mi deber. Daos á prision, señora, en nombre de la ley.

— Pero ¿ sin mas pruebas?

— ¿ No bastan las que ya tengo?

— Mas si ecsaminais el pasaporte...

— Sí, un pasaporte tan supuesto como el nombre de M.^a Pryné.

— ¿ Con qué es decir que nada puede convenceros?

— Nada absolutamente.

— Pues entonces no me queda mas recurso que someterme á mi mala suerte.

Susana la compañera de M.^a Pryné habia intentado dos ó tres veces tomar parte en la conversacion, pero una imperiosa señal de su ama se lo estorbó. La reina y su camarera fueron en consecuencia trasladadas á la mejor habitacion de la fonda, colocando á la puerta dos centinelas de vista. Se tocó generala, la guardia nacional se puso sobre las armas y todas las autoridades del pueblo se reunieron en el gran salon de la fonda, convocando tambien á las personas mas notables. Desde luego se puso á discucion el partido que convenia tomar en tal circunstancia, y un fogoso demócrata, gefe del bando ecsaltado, tomó la palabra y pronunció el siguiente discurso.

« Ciudadanos: »

« Acabamos de lograr un gran triunfo; pero como decia un famoso general de la antigüedad, no basta solo vencer sino que es preciso saber aprovechar la victoria. Dentro de pocos dias estarán fijas en nosotros todas las miradas de la Francia, porque el pueblo de Jougne debera ocupar desde hoy el distinguido puesto de un

pueblo, cuyo nombre pertenece à la historia. Elevémonos pues, à la altura de nuestra nueva posicion y sepámos merecer los aplausos de la nacion que va à contemplarnos. Que la sabiduria de Caton, y el patriotismo de Bruto nos inspiren y que nuestra desicion pueda juzgarse digna de entrar en competencia con las de Arcopago griego y del Senado romano. Propongo pues: 1.º Que los patriotas de Jougne formen un batallon sagrado y que colocando entre las filas de él à María-Antoñeta de Austria la conduzcamos así ante la barra de la asamblea nacional. 2.º Que cada uno de nosotros, lleve una de las insignias reales que se han cogido, ese cetro, esa corona, ese manto régio y todos esos dorados adornos que ofenden nuestros republicanos ojos. 3.º Que estos ópidos despojos sean depositados por nosotros en el altar de la patria, para que podámos volver llenos de gloria y colmámos de aplausos al patrio suelo; y 4.º Que para que tal viaje nada cueste à la nacion, se destinen à subvenir sus gastos los treinta mil francos hallados à la fugitiva.”

Produjo este discurso una viva sensacion; pero los moderados que siempre echan à perder los mejores rasgos de entusiasmo, hicieron que se desechase tal bello proyecto, y se decidió por mayoría de votos que se esperasen las órdenes de la asamblea nacional.

El alcalde acompañado de otros varios individuos de la junta, pasó à la habitacion de la reina, para informarla de lo acordado.

—Nuestro secretario, dijo el orador, està redactando en este momento una carta para la asamblea nacional. Vos permaneceréis aquí detenida hasta la vuelta del correo que va à partir al momento.

—Està muy bien, respondió la reina; yo tambien hé escrito à la asamblea nacional, y espero que tendreis la bondad de remitir mi carta con la vuest.a.

—Con mucho gusto.

—Ahora quisiera, señor alcalde, que tuviérais la bondad de hacer dispersar la muchedumbre que se ha reunido à la puerta de la fonda, y que me molesta en

sumo grado con sus gritos y clamores.

Despidióse el alcalde, y la reina cenó con su camarera y se acostó; pasando el resto de la noche con la mayor tranquilidad.

A la mañana siguiente entró Susana muy temprano à avisar à la reina, que la ante-cámara estaba llena de personas que desean presentarla muestras del mas profundo respeto.

—Pero dime, Susana, si tienen las cualidades necesarias.

—Aquí teneis la lista de sus nombres.

Era en efecto la flor de la nobleza del pais que venia valerosamente à rendir homenaje à la dignidad real, cautiva y perseguida. La reina recibió à todos con la mas tierna benevolencia; y en aquel mezquino salon de la fonda pasó una de aquellas escenas de fidelidad y de realismo, que se hacen cada dia mas raras; y à pesar de que la supuesta M.^a Pryné les suplicó que no diesen ningun paso que pudiese comprometerlos, todos se empeñaron en participar de su desgracia, y en formarle una corte, cosa que ella tuvo que aceptar, eligiendo para desembarzarse de los demas, à cuatro, que fueron el abate de Blanzy, el baron de Moiret, la viuda de un presidente del tribunal supremo de Besanzon, y Mlle. de Casterville sobrina del abate. Estos cuatro cortesanos debian permanecer à su lado hasta su vuelta à Paris, y formarle sociedad que la reina encantaba con su chiste, desembarazo y aun alegría, bien estraños en las críticas circunstancias que la rodeaban.

En tanto el alcalde y el comité de salud pública tenian cuidado de remitir diariamente à la asamblea nacional una cuenta exacta de como pasaba el tiempo la prisionera.

—Hoy, decia la relacion, se ha levantado la reina à las diez.—À las doce ha comido con mucho apetito, acompañada de las personas de su corte.—Despues de comer ha deseado estar sola, y se ha paseado por su habitacion con muestras de muy agitada, pronunciando palabras cuyo sentido no hemos podido comprender. El administrador de rentas que entiende de letras, dice que son versos.—À las tres ha

vuelto à entrar la corte, y la reina ha jugado al revesino con el abate de Blanzzy, la presidenta de Ribois y Mlle. de Casterville.—A las cinco ha dejado la reina el juego, y se ha puesto á hablar en voz baja con el ciudadano Moiret, generalizando á poco la conversacion que ha versado sobre materias frívolas y divertidas.—A las ocho ha leído en alta voz el mismo ciudadano Moiret.—A las nueve se ha servido la cena, que ha durado hasta la media noche, hora en que la reina se ha retirado á su habitacion.”

En esto se pasaron cinco dias al cabo de los cuales dijo el baron de Moiret à la reina, que todo estaba dispuesto para su fuga, con el auxilio de trescientos mil francos que sus amigos le habian entregado. La reina rehusó este medio no queriendo, segun dijo, esponer á sus amigos á tantos peligros.

A poco llegó un correo extraordinario de Paris, y reuniendose la junta de notables, se hizo venir à la reina y su corte, para que asistiese à la lectura de la carta de la asamblea nacional. La carta dirigida al alcalde de Jougne decia así:

“Ciudadanos, os hacemos saber, que María Antoneta de Austria, no ha salido de Paris, y os mandamos que pongais en libertad à vuestra prisionera, que no es otra que Mlle. Sainval actriz del teatro francés á quien esperan en Besanzon para dar algunas representaciones.”

Admiracion general. El alcalde preguntó à la hermosa actriz, como se habia hecho pasar por la reina.

—Vos sois, contestó ella, el que os empeñasteis en decir que yo lo era, y en efecto, reina soy de Palmira, de Babilonia, de Tyro y de Cartago. Tengo yo la culpa de que hayais tomado la diadema de Melpomene por la corona de Francia? Por lo demas parto à Besanzon, y al principiarme mis funciones, haré que el cartel explique la causa de mi retardo. En cuanto à vosotros señores que no habeis titubeado en comprometer vuestra seguridad manifestando tanta fidelidad al trono, sirvaos de satisfaccion que lo que ha pasado, dará una leccion á los que me han detenido, y acaso facilitaràn la huida de la angusta

persona, cuyo nombre he llevado por algunos dias. Vosotras señoras, nada habeis derogado haciendome compañía. Mi verdadero nombre es Alziani de Roquefort, y mi familia una de las mas distinguidas de Francia.

P. O.

LA MARIPOSA.

Princesa de mayo,
y fiel compañera
de la primavera,
honor del pensil.
Tus alas al rayo
del sol resplandecen
si abiertas guarnecen
tu cuerpo gentil.

De amor mensajera
que en un ramillete
tu gayo copete
ocultas feliz;
Que de la pradera
imitas las galas
pintando en tus alas
su vario matiz.

Tu rondas, y llegas,
y libas, y pesas
en flores hermosas
con yerto desdén:
Recorre las vegas
tu indócil instinto
la rosa y jacinto
decoran tu sien.

Del cáliz de olores,
cual cruento verdugo,
tu libas el jugo
que vida le dà:
Y de tus amores
es cuna dorada,
si en él sosegada
te meces quizá.

Si vagas ufana
 Cuando el alba asoma
 por prados de aroma
 de fresco verdor;
 La yerba lozana
 la planta florida
 rebotan de vida
 ecesalan su olor.

Nevados jazmines
 tan bellos cual Flora
 porque los colora
 su diestro pincel;
 Tu ves en jardines
 dó sesgos sus charcos
 reflejan mil arcos
 de acacia y clavel.

Feliz te complaces,
 feliz te alborozas,
 con todas te gozas
 con ledó placer;
 Sobre todas paces
 ya suelta, festiva,
 ninguna cautiva
 tu libre querer.

De varia inconstancia
 alado trasunto,
 recuerdo y conjunto
 de infidelidad:
 De altiva arrogancia
 cesacto diseño,
 tu amor es el sueño
 de tu liviandad.

Tus visos ostenta
 la aurora de estío,
 perfume y rocío
 por parias te dá...
 ¡Ay que turbulenta
 baja la vertiente,
 tus alas, tu frente
 somorgujará.

El vuelo levanta,
 ó mariposilla,
 del cauce en la orilla
 no quieras dormir;
 Que ni flor ni planta
 podrán guarecerte,
 y el velo de muerte
 vendráte á cubrir.

J. M.

Necrología.

Hemos acordado el dar noticia en este periódico del fallecimiento de las notabilidades literarias y artísticas de la provincia y de cuantos sujetos lo merezcan por su profesion, cuyo asunto se ha ofrecido á desempeñar nuestro colaborador D. A. F.

Dia 20 febrero de este año acabó sus dias en esta capital á los 71 años 1 mes y 25 dias el Dr. D. Antonio Oliver y Nadal natural de la villa de Soller y sobrino del benemérito obispo D. Bernardo Nadal y Crespí. Empezó su carrera literaria en su patria y concluyó sus estudios en la universidad de Múrcia, donde obtuvo la borla de doctor en uno y otro derecho. Llamado por su tío á Madrid donde ejercia este el difícil encargo de secretario de la interpretacion de lenguas, se pasó por el consejo y nombrado su protector para la mitra de Mallorca le eligió para secretario, destino que desempeñó hasta 12 de diciembre de 1818 en que murió aquel prelado. Agregado D. Antonio al colejio de abogados se dedicó al ejercicio de la facultad, siendo nombrado en 1820 alcalde constitucional de esta ciudad, por su firme adesion é integridad, al sistema liberal virtud que poseia con toda la estension de la palabra. Desembarasado como soltero de los cuidados domésticos, empleó

los ocios de su juventud en la esgrima y los de su vejez en escribir diferentes opúsculos para la enseñanza de los niños en las escuelas de educación primaria tanto en lo perteneciente á la buena moral, como en lo que toca á los primeros rudimentos de las letras, hasta la gramática castellana, asunto que desempeñó con aprovacion de todos. Sus amigos lloraremos la pérdida de un buen patriota y de un ciudadano adornado con todos los dotes que emanan de la virtud.

El mismo dia á la edad de 46 años falleció D. Bartolomé Gamundi Pro. y secretario de la junta diócesana de este obispado. De Soller donde tuvo su cuna, pasó á esta capital para estudiar las ciencias eclesiásticas, y por su mérito y talentos fué agraciado con una beca en el Seminario conciliar de san Pedro. Los sinsabores que esperimentó á principios de su carrera, por las sugerencias del fanatismo le obligaron á adoptar una vida oscura y retirada, consagrada enteramente á los estudios. Restablecida la libertad en nuestro suelo, los diferentes destinos con que fué empleado el Sr. Gamundi, no le permitieron el continuar su primer sistema de vida; pero dió una prueba de su amor á la literatura, cooperando al establecimiento de una academia que estendiese sus conocimientos á diferentes ciencias y artes. Sobre la tumba de este benemérito eclesiástico esplayémos nuestro dolor no solo por su pérdida, si que por la desaprobacion que mereció de un ministro despótico, la instalacion del instituto académico, cuyos felices resultados iba á esperimentar muy en breve esta isla.

Anda muy válida la noticia que pasando desde Oran á Argel, D. Domingo Va-

cari pintor italiano, pereció víctima de una terrible tormenta en el mes de abril. Este artista vino á Mallorca en octubre de 1839, para tomar algunas noticias geográficas y sacar diferentes vistas pintorescas que tiene la isla. Aquí tuvo ocasion de mostrar su talento con varios retratos que ejecutó á satisfaccion. Llamado á Iviza para lo propio, permaneció algunos meses en aquella misma isla y regresado á Palma para despedirse de sus amigos, se embarcó para Argel donde tenia su esposa y demas familia. La franqueza y generosidad de este malogrado artista, no eran las únicas circunstancias que le hicieron amable y digno de mejor suerte.

Librería de los Amigos.

En la misma se hallan de venta:

Poesías de doña Josefa Massanés, un tomo á 18 rs. en rústica.

Lo Geyté del Llobregat por D. Joaquín Rubió y Ors, un tomo á 14 rs. en rústica.

Las producciones de estos dos jóvenes escritores bastante conocidos en el mundo literario, merecen muy bien los elogios que les tributaron en sus respectivos artículos críticos insertos en los números 9 y 31 del Almacen de frutos literarios, nuestros compatriotas D. José María Cuadrado y D. Tomás Aguiló.

El heroismo de la amistad ó los condes de Rocaberti, novela original de doña Angela Grassi, autora de la comedia titulada: Lealtad á un juramento ó sea crimen y espionacion.—2 tomos 16.º á 16 reales en rustica.

PALMA.—Imp. de UMBERT, editor.